

LA HUMILDAD DE DIOS
LA HUMANIDAD DE JESÚS COMO ECLESIO-LÓGICA WESLEYANA
Diane Leclerc, Universidad Nazarena del Noroeste

Para Eleanor

Antes de comenzar mi discusión sobre cristología, que puede empujar los límites hacia lugares desagradables para algunos, parece apropiado decir algo de lo que también creo: Creo en el Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra; Creo en Jesucristo como completamente divino y completamente humano; y Creo que el Dios trinitario es digno de adoración. Últimamente ha habido un nuevo llamado en nuestro medio, de colocar el culto al centro de nuestra identidad; creo que esto es apropiado. Sin embargo, si no tenemos cuidado, podemos hacer suposiciones sobre a quién adoramos y por qué adoramos. Es una gran tentación, aún hoy, pensar en nuestro Dios como los paganos pensaban en sus dioses: a saber, que Dios demanda nuestra adoración como una especie de apaciguamiento de su ira. Que adoramos para aplacar a un Dios enojado para que no seamos castigados. Alternativamente, es demasiado fácil hacer nuestra versión de danzas de atracción de lluvia, creyendo que, si podemos agradar a Dios lo suficiente con nuestra adoración, las bendiciones caerán sobre nosotros. Así, distorsionamos el rostro de Dios y hacemos conclusiones calamitosas sobre la naturaleza de Dios

Hay una gran diferencia entre decir que Dios exige nuestra adoración y Dios es digno de adoración. Es muy fácil traer nuestro sacrificio de alabanza, creyendo que Dios ordena dicho tipo de sacrificio, a expensas de vivir vidas que se derraman por los desvalidos. Muchos de nosotros estamos familiarizados con las palabras de Amos en el capítulo 5: “Detesto y aborrezco sus fiestas religiosas; no me agradan sus cultos solemnes... Aleja de mí el bullicio de tus

canciones, no quiero oír la música de tus cítaras” (5: 21-23).¹ En cambio, Dios quiere que actuemos con justicia. Entonces aquí comienza mi propuesta. La verdadera adoración es la adoración del Dios verdadero. ¿Pero quién es el Dios verdadero? El Dios cuya característica esencial es el amor, es esencialmente humilde también, como se revela en la humanidad de Jesús el Cristo.

Mi objetivo aquí es descubrir el retrato humano de Jesús por medio de seis características de su vida, muerte y resurrección, todas revelando la humildad de Dios. A partir de estas declaraciones teológicas, es mi esperanza recomendar sus implicaciones eclesiológicas en general, y para la Iglesia del Nazareno en particular.

La Encarnación

Dios se hizo humano en la persona de Jesucristo. Desde Nicea, hemos declarado la paradoja de que Jesús es completamente Dios y completamente humano. La encarnación, especialmente en la tradición wesleyana, es salvífica en sí misma (a ser discutido más adelante). Vemos, hasta cierto punto, a un Dios despojado de poder ilimitado a través de la elección volitiva de encarnar al Hijo. De hecho, hay un escándalo de particularidad aquí. El que Dios se encarne debería remover los cimientos de cualquier implicación con la inclinación Schleiermacheriana de que esencialmente todas las religiones comparten la misma sensibilidad sobre lo divino. La proclamación de que Dios se hizo humano y entró en la existencia concreta debería sorprendernos respecto a la reformulación radical de lo que los humanos han percibido y creído acerca de Dios. Ahora proclamamos que Dios se revela completa y finalmente en una persona. Lo que la teología natural falló en hacer en su incapacidad para hablar

¹ Todas las referencias están en la NVI a menos que se indique lo contrario.

significativamente del carácter de Dios, la revelación especial de Dios en Cristo lo hace completamente. Si queremos saber cómo es Dios, vemos a Jesús.

Lutero describió la encarnación como la gran condescendencia de Dios para con la humanidad. Lo que encuentro problemático en el lenguaje de condescendencia es que puede implicar un cambio en el *modus operandi* de Dios, como si el Totalmente Otro repentinamente decidiera hacerse inmanente a través de la encarnación, o como si este Dios se encarnó para disfrazar su soberanía y Omnipotencia. Me gustaría proponer que la humildad vista en la condescendencia de Dios es reveladora de la naturaleza misma de Dios. La pregunta podría formularse de esta manera: cuando Pablo proclama a Jesús, que siendo de naturaleza propia Dios, se humilló a sí mismo, ¿está diciendo que Jesús estaba siendo incongruente con la naturaleza de Dios o expresaba la naturaleza de Dios? Creo que es crucial entender a Jesús y su sacrificio como congruentes con la naturaleza eterna de Dios. Esto implica que la humildad siempre ha estado en el corazón de las características esenciales de Dios; la humildad expresada en la encarnación no está fuera del carácter de Dios.

El Bautismo de Jesús

En los días de Jesús, el bautismo era un método litúrgico mediante el cual las personas no judías o ‘temerosas de Dios’ se convertían en judíos por elección. Lo que hace que el mensaje de Juan el Bautista tan radical, y tan ofensivo, es que estaba llamando a los judíos para que se bautizaran. Por supuesto, esto no se dio sin antecedentes históricos ya que ‘lavarse’ en el Antiguo Testamento era ritualmente común. Por ejemplo, en Levítico, Dios instruye a las personas para que se limpien a sí mismas de las impurezas, como las contraídas al exponerse a un leproso o tocar un cadáver. Más cerca de la época del ministerio de Juan el Bautista, el lavado cumplía con los requisitos legales de la pureza ritual para el sacrificio en el Templo. Sin

embargo, este tipo de impurezas no implicaba la necesidad del arrepentimiento que pedía Juan, porque eran ‘pecados’ involuntarios. Formaban parte de la vida en un mundo ‘sucio’. Por lo tanto, el llamado de Juan asociaba el lavado bautismal con el verdadero arrepentimiento, lo que ofendía especialmente a los saduceos y fariseos.

Jesús viajó intencionalmente al Jordán, donde Juan el Bautista estaba predicando el arrepentimiento. Según Mateo, a Juan le sorprende inmediatamente lo absurdo de la petición de Jesús (Mateo 3: 13-14). Juan había proclamado a Jesús como el Mesías, y como el que los bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego, implicando un bautismo más profundo y más purificador del que él mismo podía ofrecer (Mateo 3: 11-12). ¡El apóstol Juan nos dice que Juan el Bautista vio a Jesús como el perfecto Cordero de Dios, que quitaría el pecado del mundo! No como un pecador necesitado de arrepentimiento. Y así, se sorprendió de que este salvador se sometiera a sí mismo al bautismo.

¿Qué hacemos con la petición de Jesús? Podríamos entender que Jesús usa este acto de iniciación cuando los gentiles se vuelven judíos, como simbólico de la iniciación en su ministerio oficial. Podríamos ver a Jesús como lavándose de las impurezas que lo rodeaban, como cualquiera que viviera en el mundo. Sin embargo, si nos enfocamos en la sorpresa y la renuencia de Juan, vemos el pedido de Jesús como un acto profundo de humildad, en su asociación con la pecaminosidad - habría parecido pecaminoso para todos los que vieron su bautismo a través de las manos de Juan. ¿Es esto un presagio de lo que ha de venir de Jesús? En su sumisión al bautismo, vemos un corazón dispuesto a someterse a una cruz - el símbolo del pecado y la vergüenza. De hecho, se convirtió en pecado por nosotros. "Dios hizo que él que no tuvo pecado, sea pecado por nosotros" (2 Corintios 5:21). Ciertamente, el pecado no es característico de Dios. Pero, de nuevo, vemos a un Dios dispuesto a absorber incluso el pecado mismo, en sí mismo,

expresando su naturaleza, no fuera del carácter de Dios. El amor característico de Dios se expresa en la humildad de Jesús en su bautismo.

Las Tentaciones de Jesús

Está más allá del alcance de este artículo examinar detenidamente las tentaciones de Jesús. Lo que es importante para nuestros propósitos aquí es lo que nos revelan acerca de la naturaleza de Jesús. En días previos al intento de Nicea² de comprender la naturaleza de Jesús, ésta se expresó como monofisismo - la creencia de que Jesucristo solo tenía una naturaleza y que era divina. Por implicación, él tenía un cuerpo humano y una naturaleza o voluntad divina,³ y así en su ser esencial Jesucristo no era completamente humano. El problema con el monofisismo debería aclararse : si esto es cierto, las tentaciones de Jesús en el desierto y en Getsemaní no eran reales, ya que su naturaleza divina no podía haberles dicho sí a ellas. Sería imposible para él pecar. El monofisismo niega efectivamente que "fue tentado en todo como nosotros" (Hebreos 4:15).

Comprender las tentaciones en el desierto apoya la tesis de este artículo - que la humanidad de Jesús revela la humildad de Dios. Jesús fue tentado por Satanás precisamente para revelar y actuar en su divinidad - para favorecer su naturaleza divina sobre su humanidad, al utilizar su poder divino para satisfacer sus necesidades humanas. En cambio, elige no actuar como un Dios puede actuar, sino que se limita a sí mismo eligiendo la obediencia y sumisión a la voluntad de Dios sobre la exaltación propia, e incluso la auto-preservación. Es esta humilde obediencia lo que llega a ser central en la doctrina de la recapitulación presentada por Ireneo de Lyon.

² Y después en forma de Cristianismo Coptico.

³ O voluntad, como se expresa en el Monotelatismo.

*Recapitulación*⁴

La humanidad y la humildad de Jesús brillan intensamente en la teología de la recapitulación. Pablo describe a Jesucristo como el segundo Adán (Romanos 5: 12-21). Adán desobedeció a Dios, y al hacerlo perdió su plena humanidad. El pecado es una aberración de la verdadera humanidad. Por lo tanto, cuando Adán pecó, se volvió ‘menos que’ humano, menos de cómo la humanidad fue originalmente diseñada. Contrariamente, Jesús es el modelo de la humanidad verdadera, como el nuevo Adán. Pero más que eso, encontramos una incipiente pero emergente doctrina de la teosis en el esquema de Ireneo: Dios se había "convertido en lo que somos, para que Él nos traiga incluso lo que Él es".⁵ Sin embargo, a diferencia de Atanasio y otros que siguen con una comprensión más desarrollada de la deificación, es claro que Ireneo nos llama a abrazar nuestra humanidad completa en Cristo, incluso mientras participamos en lo divino. Esto nos lleva a establecer una premisa muy wesleyana: la santificación es la renovación misma de la imagen de Dios en nosotros. Es la *imago Dei* la que nos diferencia del resto de la creación. Es la *imago Dei*, entonces, en Jesús, que revela la imagen en su forma no distorsionada, no tocada por el pecado. Por lo tanto, es el Jesús humano, que es tentado tal como somos, quien nos muestra la obediencia total a Dios, y que permite esa obediencia en nosotros, a través del poder del Espíritu Santo. Amar a Dios con todo nuestro ser y al prójimo como a nosotros mismos cumple la santidad, la santa humanidad, la que fuimos diseñados a encarnar. El amor de

⁴ **Nota de la traductora:** - La Teoría de la Recapitulación "ve la expiación de Cristo como una inversión del curso de la humanidad desde la desobediencia a la obediencia. Cree que la vida de Cristo recapituló todas las etapas de la vida humana y al hacerlo revirtió el curso de la desobediencia iniciada por Adán" (<http://www.theopedia.com/recapitulation-theory-of-atonement>.)

⁵Irenaeus, *Against Heresies*, Book 5, preface.

Jesucristo por Dios y el prójimo lo condujo a la cruz, lo cual ilumina la humildad de Dios en su forma más conmovedora.

La cruz

En la noche en que Jesús fue traicionado, tomó una toalla y un lebrillo y lavó los pies de sus discípulos. El escritor del Evangelio dice que, al hacerlo, les mostró "toda la extensión de su amor" (Juan 13: 1). Sabemos que Jesús tomó la posición de esclavo en este acto. A menudo esta descripción se usa para resaltar el servicio de Jesús. Y como sugiere la pregunta de Pedro a Jesús (Juan 13: 6), supuestamente este acto de humildad no es apropiado para un Mesías. Sin embargo, es este acto de humildad que vincula el lavado de pies a la sumisión en Getsemaní, al juicio, a la cruz. Jesús pudo haber liderado mandando a sus discípulos, haber dicho 'no' en el Huerto, haber defendido su caso en juicio, haber contraatacado en su flagelación, y haber rechazado la cruz. Pero Jesús muere. Jesús, el completamente divino y completamente humano muere de una verdadera muerte humana.

Hemos rechazado teorías que dicen que solo el cuerpo humano de Jesús muere, así como hemos rechazado las teorías de que Jesús solo parecía tener un cuerpo humano (Docetismo). En tiempos más modernos, incluso hemos descartado el temprano rechazo del Patripasionismo, y hemos proclamamos correctamente que la cruz era un evento de la Trinidad misma. En este sentido, podemos decir que Dios murió, Dios experimentó la muerte humana.

Sin embargo, hay una gran significación en el hecho de que Jesús el Humano,⁶ con profunda y penetrante humildad, se hizo obediente hasta la muerte, incluso la muerte en una cruz. Jesús experimentó la totalidad de la experiencia humana hasta el final. Esta fue la expresión

⁶ De la Biblia en inglés común, traducido el "Hijo del hombre" en otras traducciones.

más verdadera de la dimensión de su amor, que Jesús se vació a sí mismo, entregó su vida por sus amigos, y fue sepultado. Además, no debe olvidarse que murió en una cruz - el símbolo más gráfico y esclarecedor de la culpa y la vergüenza en aquella cultura. Murió la muerte más humillante que se pueda imaginar.

Proclamamos esto como salvífico, sin importar nuestra teoría de la expiación. Lo que no vemos a menudo, o al menos no lo solemos expresar, es que murió por los pecadores, sí, pero en su humillación, también murió por los humillados. Se dejó vencer a sí mismo, para mostrar empatía con los derrotados. Se sometió a un dolor insoportable, rechazó cualquier analgésico, empatizó con los que sufren. Permitió ser victimizado para mostrar empatía con las víctimas de todo tipo. Pues muchas víctimas de violencia y abuso, permanecen entre la vida y la muerte, tal vez literalmente; seguramente psíquica, emocional y espiritualmente. Para muchos, su pregunta más existencial es: "Por el amor de Dios, ¿dónde está Dios?" Jesús experimentó el desamparo de Dios y puede identificarse con los abandonados por Dios.

Además, la pregunta bíblica más común ‘¿qué debo hacer para ser salvo?’ no puede darse el lujo de quedarse en el reino de lo eterno que solo se ocupa de la propiciación del pecado del pecador y la oferta de la ‘recompensa’ futura; es una pregunta que debe responderse en lo literal, donde la ‘salvación’ literal es a menudo su principal mandato. En otras palabras, el significado de las palabras ‘¿qué debo hacer para ser salvo?’ es radicalmente diferente cuando provienen de diferentes voces. Del pecador: ¿cómo puedo escapar de las consecuencias eternas de mi pecado? De los que sufren a causa de los pecados de otros: ¿cómo sobreviviré este horror existencial presente? Estamos claros: la cruz es el medio de toda salvación. También es la revelación más importante de la capacidad empática del Dios-humano que se solidariza con aquellos que sufren y mueren a manos de otros.

La resurrección

Si bien podría dedicar una gran cantidad de tiempo a la profundidad y amplitud del significado que se encuentra en la resurrección de Jesucristo, limitaré mi discusión a los siguientes puntos. Antes que nada, mientras todos necesitamos la esperanza de la resurrección para la vida eterna, hay quienes necesitan específicamente la esperanza de una resurrección corporal ahora. Piense en la niña vendida a un burdel a la edad de cuatro años, que vive en circunstancias indescriptibles durante años y muere por enfermedades transmitidas o violencia. Ella necesita desesperadamente una resurrección corporal que redima su espíritu y *su cuerpo* hasta lo extremo. En cierto sentido, su cuerpo nunca ha vivido realmente, excepto bajo la condición de cosificación perversa y horrible abuso. La resurrección de Jesús representa que todavía él se abaja en amor para levantar a aquellos de entre los vestigios más bajos de la vida humana.

En segundo lugar, la resurrección de Jesús es crucial si queremos comprender que él permanece, incluso ahora, humano. Jesús, que es Dios, no pierde su humanidad cuando resucita o asciende. Dios, entonces, sigue siendo humano. Además, si afirmamos un ahora eterno en Dios (que sé que es debatido), entonces podemos hacer la extravagante afirmación de que Dios siempre ha sido y siempre será humano. Pero incluso si no afirmamos un eterno ahora en Dios, aún podemos reclamar que Dios siempre será humano. No podemos siquiera comenzar a comprender el grado de unanimidad persistente de Dios con cada situación humana, de hecho, con cada ser humano.

Una Ecclesio-lógica Cristológica

A partir de estas reflexiones cristológicas, hablaré ahora específicamente sobre su ecclesio-lógica: ¿qué nos dice la humanidad de Jesús sobre la naturaleza y operaciones de la Iglesia? ¿Qué podría decir la humanidad de Jesús a la Iglesia del Nazareno?

La encarnación del Humano Único llama a la Iglesia a una humildad encarnacional compartida.

Así como Jesús muestra la humildad característica de Dios, nosotros, como cuerpo, debemos mostrar humildad entre nosotros y con el mundo. Debemos librarnos de las luchas de poder que imitan los modelos de poder seculares, y entender el llamado en las palabras de Cristo "los primeros serán últimos, y los últimos serán los primeros" (Mateo 19:30; 20:16; Marcos 10:31; Lucas 13:30). Como dice Pablo, en el cuerpo, las partes impresentables son tratadas con especial honor (1 Corintios 12:23). En la iglesia, debemos exaltar a los humildes, en un esfuerzo por afirmar la plena igualdad de las personas. Fuera de la iglesia, debemos ver que el mensaje del Evangelio solo puede escucharse si hablamos humildemente, y que nuestra primera prioridad de amor es con los pobres y oprimidos.

El bautismo del Humano Único llama a la Iglesia al arrepentimiento genuino

Si Jesús, el Cristo y único sin pecado, se sometió humildemente al bautismo de Juan y su llamado al pleno arrepentimiento, nosotros no debemos resistir la confesión en un intento distorsionado de mantener una fachada de santidad. ¡Es una clara distorsión de la teología de Wesley sugerir que la santidad niega el arrepentimiento en los creyentes! Es hora de que expandamos nuestra doctrina del pecado para incluir 'transgresiones involuntarias', pecados de omisión y participación en el mal sistémico, y hacer confesión especialmente por los pecados de

complicidad, y por nuestro racismo, sexismo, clasismo, consumismo, y otras formas de opresión, como individuos y como denominación.

Las tentaciones del Humano Único nos llaman a la llenura del Espíritu Santo.

Así como Jesús fue tentado a ejercer el poder de manera inapropiada, debemos reconocer nuestras tentaciones de hacer lo mismo (Lucas 4: 3-4, 9-12). Sin embargo, no estamos solos para superar tales tentaciones. Lucas nos dice que cuando Jesús dejó el desierto para retornar a Galilea, lo hizo en el poder del Espíritu (Lucas 4:14). Tenemos acceso a este mismo poder a través de este mismo Espíritu. Sin embargo, debemos recordarnos que el poder que recibimos del Espíritu es muy diferente del poder del mundo. El poder del Espíritu se manifiesta en nuestras debilidades. Cuando somos débiles, entonces somos fuertes (2 Corintios 12: 9-10). En el reino al revés de Dios, benditos son los pobres en espíritu, los tristes, los mansos, los hambrientos y sedientos, los misericordiosos, los pacificadores, los perseguidos. Oremos, "No nos dejes caer en [la] tentación" de protegernos de nuestras inseguridades por ejercicios de auto-preservación.

La recapitulación del Humano Único nos llama a una santa humanidad

El llamado de Dios nunca ha sido convertido en algo más que humano. A través de la recapitulación de la humanidad hecha por Cristo, vemos claramente que la santidad es parte de nuestro ser creado. Fuimos creados completamente humanos. En el pecado, sin esperanza y sin Dios en el mundo, expresamos la distorsión o perversión de lo que es verdaderamente humano. Solo en Cristo, somos renovados a la imagen de Dios, recuperando nuestra humanidad y emprendiendo el camino de la semejanza a Cristo. Es mala teología decir que pecamos porque somos humanos. Pecamos porque somos menos que humanos. Además, es un total malentendido de la santidad definirla como, sin pecado. No se puede definir la santidad plenamente por medio de una *vía negativa* – en referencia a la santidad de Dios o la nuestra. La santidad tiene un

contenido positivo, a saber, el amor. Fuimos creados para amar. Cuando amamos como Dios lo diseñó, somos santos y completamente humanos. Nosotros, como denominación, nos equivocamos cuando nos enfocamos en la ausencia de pecado (implicando una realidad súper-humana) a expensas del amor en nuestra teología de la santidad.

La cruz del Humano Único nos llama a la solidaridad con los que sufren.

"Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará" (Lucas 9: 23-24, NVI). Estos versículos nos son sumamente familiares, como personas de santidad, que creen que la consagración y rendición son los medios mismos para la entera santificación. Y, sin embargo, aunque somos expertos en la abnegación, no siempre hemos entendido el llamado a recoger nuestras cruces y lo que esto implica. Hemos interpretado que significa que tenemos una cruz para llevar de vez en cuando: una enfermedad que soportar, o un período de lucha personal. Olvidamos que la cruz de Jesús fue un sacrificio completo y final para el Otro. ¡Tomamos nuestras cruces cuando sufrimos en nombre de *otros*! Además, ¡no comprendemos a Jesús si perdemos nuestras vidas *para* salvarnos! La salvación es un resultado, no una motivación. El llamado, entonces, es a derramar nuestras vidas como Cristo derramó la suya — en nombre de aquellos que no pueden salvarse a sí mismos.

La resurrección del Humano Único nos llama a la participación en la Nueva Creación.

La humanidad de Jesús en la forma de un cuerpo resucitado se erige como una esperanza para la resurrección de los cuerpos humanos. Un día nos levantaremos de nuevo. Jesús le dijo a Marta: "Tu hermano resucitará". Y Marta respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". En respuesta, escuchamos estas palabras: "Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11: 23-25). Somos personas de esperanza. Como personas de santidad, también debemos afirmar

que resucitamos a una nueva vida ahora, porque Jesús es la Resurrección; Jesús ya nos resucitó de entre los muertos en la Nueva Creación en la que incluso ahora participamos. Vivimos en el optimismo de la gracia como gente de santidad wesleyana. Creemos que el poder del pecado ha sido roto, la muerte ha sido derrotada, y podemos vivir una nueva vida en el poder del Espíritu aquí y ahora. Este es nuestro mensaje único, nuestra vocación única. En medio de una hemorragia mundial de la sangre de cualquier vida, proclamamos la sangre vivificante de Jesús, que incluso ahora puede sanarnos hasta lo sumo. Y con humildad, nos inclinamos en adoración ante el Divino-Humano Único, que se inclinó ante nosotros para lavarnos los pies y hacernos íntegros.